

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA | 2022 | Poesía |

Este vientre es un conejo de carbón

Liliana López León



|PeL|

Este vientre
es un conejo
de carbón



Liliana López León

|PeL|

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Ávila Olmeda

Gobernadora Constitucional del Estado de Baja California

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Cultura de Baja California

Antonio Espinosa Rivas

Subsecretario de Cultura y
Coordinador General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Francisco Javier Fernández Acévez

Director Editorial y de Fomento a la Lectura

Este vientre es un conejo de carbón

D.R. © 2023 Liliana López León

D.R. © 2023 Instituto de Cultura de Baja California.
Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva,
Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2023.

ISBN de la versión impresa: 978-607-8661-35-0

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri

Diseño editorial: Rosa Espinoza

Corrección ortotipográfica: Néstor de J. Robles Gutiérrez

Ilustración de portada: Pilo Aceves (2003), acrílico sobre lienzo y retoque digital, 24 x 18 "

Foto de la autora en solapas: Calvox & Periche

Jurado calificador: Antonio León, Xitlálitl Rodríguez Mendoza y Maricela Guerrero

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA | 2022 | Poesía |

Este vientre es un conejo de carbón



Liliana López León



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California

PRESENTACIÓN

En sus 33 años de historia, los Premios Estatales de Literatura han sido un semillero para el talento emergente de las letras en Baja California. También han fungido como espacio para el desarrollo de la trayectoria artística de más de 70 personas premiadas y publicadas.

En este largo periodo, Baja California evolucionó en muchos sentidos. Hemos sido testigos del acelerado dinamismo social, cultural, político y económico de nuestra sociedad fronteriza en la última década del siglo xx y las primeras dos del siglo xxi, en que pasamos de tener cuatro municipios (Ensenada, Mexicali, Tecate y Tijuana) a un total de siete, con la fundación de Playas de Rosarito en 1995, San Quintín en 2020 y el más reciente, San Felipe, en 2021. A su vez, el ámbito literario sufrió una transformación importante, con la aparición de escuelas de artes y literatura, así como de múltiples medios impresos y digitales que abonaron al florecimiento de los géneros literarios, tanto en foros oficiales como en una rica tradición de editoriales y escenas independientes.

Poco a poco se volvió común ver en presentaciones editoriales y en mesas de lectura a mujeres y hombres de distintas generaciones, con un pulso diverso en perfiles, inquietudes e intereses, que compartían, sin embargo, la poderosa experiencia de ser y vivir en la frontera. El gremio literario en Baja California ganó notoriedad en una vasta gama de quehaceres, desde la labor periodística a la tenacidad de la poesía, pasando por la intensa voz de la dramaturgia y el aliento de la narrativa, con presencia en revistas, libros, antologías, fanzines y blogs.

Una ojeada en perspectiva nos permite descubrir el notable esfuerzo de profesionalización en las habilidades literarias y la búsqueda de espacios para la manifestación de las artes y la literatura, con un aumento en el roce entre pares en eventos locales, regionales y también fuera de nuestra latitud. Existen casos de quienes, de manera posterior o paralela a obtener uno o más de los Premios Estatales de Literatura, crecieron en el aprecio de los lectores para trascender en la escena nacional y, en algunos casos, internacional.

Al encabezar el proyecto cultural que hoy nos ocupa, con el impulso y liderazgo de nuestra Gobernadora del Estado, Marina del Pilar Ávila Olmeda, tuvimos clara la necesidad de replantear las condiciones de los Premios Estatales de Literatura, no solo para poner al día asuntos incumplidos de administraciones previas, sino para responder a la exigencia de los tiempos y forjar un renovado prestigio del certamen en el mediano y largo plazo. La ilusión sigue intacta: queremos tener en nuestras manos obras literarias de calidad, bien editadas, con una política amplia e inclusiva de distribución para llegar a una gran cantidad de lectores.

Como primer paso, se tomó la determinación de incrementar la bolsa individual que se mantuvo por décadas, pasando de 25 mil pesos a 40 mil pesos en todas las categorías. Asimismo, a partir de la edición 2022-2023 se integró a las ocho categorías existentes la de crónica, para alentar la producción de esta manifestación literaria que captura la expresión de los acontecimientos y la vida cotidiana en nuestros tiempos. Cabe mencionar que, en la contienda inicial, la categoría de crónica fue declarada desierta, lo que derivó en talleres especializados para detonar la habilidad técnica y el entusiasmo en la escritura de este género. De igual manera, apostamos por el diseño editorial como elemento crítico en la elaboración de los títulos, para contar con obras en formato digital e impreso y dar vida al objeto que tanto nos atañe e inspira: el libro.

El fallo de la presente edición, que da lugar a la colección que integra el presente libro, favoreció a cuatro mujeres y a tres hombres. Es alentador saber que seis de las siete obras corresponden a nuevas voces, siendo en algunos casos su primer libro publicado.

En la categoría de poesía, el jurado describió así los méritos de la obra ganadora *Este vientre es un conejo de carbón*, de Liliana López León:

En esta obra hay una voluntad por encontrar un nuevo campo semántico de las relaciones interpersonales; un libro que se nutre del contexto bicultural de la poética fronteriza. Sin ser un poemario temático, presenta una voz lírica que en cada poema puede ir desde lo tierno hasta lo visceral.

Esperamos que la difusión de los títulos ganadores de los Premios Estatales de Literatura 2022 favorezca la continuidad creativa de las escritoras y los escritores en nuestra entidad, para beneplácito de la población lectora en Baja California.

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Cultura de Baja California

~QUE CANTA EL ADIÓS~

Refugio bocarriba

Yo nací en una ciudad herida,
ya sangraba lo que no podía alcanzar.
Muralla que impuso mis primeros pasos,
bailé dentro de los límites.

Alguien, del otro lado del mundo
escuchó mi primer llanto.

Los dos estuvimos usando el mar
para escuchar la respiración del otro.

A sitios amados he prometido llegar.
Mi pecho agita tres ratones,
son los que mi vientre puede parir.
Y me siento huérfana,
sin nombre.

He llegado.

De mi cuello saltan

De mi cuello saltan,
sin tocar las cosas,
despedidas a mis calles.

Esto ha cambiado.
Creías que conversaba.

Sé que no es mi lugar,
porque cada vez que dije hola,
ninguna pared abrió los ojos.

Un dios con las manos muy grandes nos puso de frente

1

Siempre me gustaron sus ojos en forma de almendras.
Recuerdo que antes de conocerlo, aprecié este detalle
[en una fotografía.

¿Quién es él?
Un amigo del proyecto, creí que lo conocías.
Bien, un día lo conozco.
Otra foto suya de la infancia me puso un dolor absurdo.
Se notaba que estaba incómodo, a pesar de que sonreía.

Cuando nos enamoramos, le confesé que recordaba
[estos archivos.
Él me dijo, sobre la primera foto: aquel día olvidé mis
[lentes para ver.

Sobre la segunda: que sí, que fue pose obligada.
Me contó del maltrato previo al flash.
Lo abracé, no supe qué más hacer.
La novedad de las cámaras nunca termina,
o hay una preocupación por los recuerdos.

Él me confesó también, que ya había visto mi cara antes.
¿Quién es?
Una amiga, la profe de Marion, creí que ya la conocías.
¿Y qué pensaste?

Qué bonita.
Cuántos dientes,
se notaba que no te preocupaba sonreír.

Estas confesiones cambiaron algo dentro de mí,
supongo que a él también, pero nunca dijo nada.
Nos conocimos años atrás,
antes de que me pusiera frente a él:
Quizá no sepas quién soy.
Le ofrecí mi mano derecha, mucho gusto.

2

Deberías ver esta película.
Reclamos. Hay otras películas recomendadas por él, en mi lista
[de espera.

Ladyhawke se estrenó en 1985.
Los amantes están bajo un hechizo,
ella es un halcón de día y él un lobo de noche.
El contacto humano entre ellos es un segundo crepuscular.

Apenas era una niña,
nunca había estado enamorada,
pero se me grabó la angustia de estos personajes.
Fue distinta al verla de nuevo.
Las metáforas no lo asaltaron, hasta bromeamos con una escena.

Pero es nuestro problema casero.
El género fantasía sirve para narrar mejor lo mismo:
nosotros tenemos poco tiempo y muchas facturas.
Quién quiere contar lo ordinario,
las comidas de la semana,
la limpieza de espacios comunes,
el dolor de espalda.

En cambio, tenemos dragones en pueblos acomplejados.
Dos personas se sinceran o se despiden,
siempre bajo una lluvia helada que no importa.
Después de una riña nos hemos dado la mano, a escondidas.
Quiero decir, sin mirarnos. No sé por qué.
Quizá porque sabemos que ningún hada o mago va
[a venir a ayudarnos.
Isabeau d'Anjou y Étienne de Navarra se acompañan,
mientras huyen del obispo.

3

A los amigos en común les gusta decir que nos conocimos gracias
[a ellos.

Era mi fiesta, dicen.
Repiten: ese día te invité.
Pusimos mi lista de canciones.
Les dijimos que sí, que gracias,
que hemos sido muy felices.
Estos años, quisimos ser tan libres como en el primer encuentro.

Es igual cuando decimos que el Sr. Guantecillos es arisco,
pero que se comporta cariñoso con la visita en turno.
Se sienten elegidos cuando él acude a sus regazos.
No saben que Guantecillos es una criatura melosa.

La verdad es que nos reunió la ausencia de un dios.
Yo no lo tuve nunca.
No se echa de menos, ni se teme lo que no se ha poseído.
Su dios, en cambio, nunca le abrió las manos.
En su familia alguien predicaba. Ya no.
Entonces he cantado *Son of a Preacher Man*, de Dusty.
Al principio, la idea de dios parecía igual en ambos. Pero no lo era.

Para él, dios es la sombra de un gato con guantes de boxeo.
Para mí, un gato invisible que aún no se acerca por caricias.
Quizá no lo haga.
Entre los dos, como diagrama de Venn,
todo ese tiempo intentamos
–intentamos–
formar un dios parecido a nuestra mascota.

Es ningún lugar (20 de septiembre)

Cada vez que lo pises será otro.
El rincón cálido desaparece.
La persona hablante deja de existir.

Habita sitios más verdes,
lejano.

Encuentras que hace falta tu nido.
No hay paloma que criar.

Tu pecho se llenará de hojas
enjauladas,
todas en reposo.

Cincuenta años antes que tú,
Nació alguien que dijo:
quizá sí.

Girarás los pies y la cabeza,
por si el sitio vuelve a ser el mismo.

Espera (21 de septiembre)

Las veces que,
violento como es el mundo,
me dijo *tú no*,
en realidad decía *espera*.

Ahora paga lo negado.

Pero no lo sabía.
Y sembré en suelo árido.

Elevé el cuello, la frente,
cultivé sin tener río cerca.

El secreto apretaba un perfume,
que sonó desde la boca del gato.
Cortó la hierba muerta.

Caen plumas por volar.

El primer día de escuela prometí no llorar

No se parece al relato que nos hicimos.
La historia juntos no puede contarse,
no por secreta o prudente.
No es posible,
solo eso.

Mi llanto llegó tardío.

Éramos la noche, y tuvimos estrellas
—aunque no pudieran verse de cerca—.
Yo soñaba contigo y tú veías sus colores.

El primer día de escuela —tenía cuatro años—
ya juzgaba el apego de otros.
Ignoraba que alguien me golpearía,
y dolió.

Lágrimas,
como si sangrara de a poco.
Así ha sido después de todo,
decirte que estaremos bien,
y saber que aún no es verdad.

Palabra sin traducción

En cada aeropuerto he soñado
con ser terrorista hormiga.
Un gramo de dinamita en cada vuelta.
Trazas de drogas o mensajes encriptados,
un guiño de hazaña migratoria.
Soy hija del camino desconocido.

Ernesto, el chino, bisabuelo,
sonríe desde una nube,
o un holograma de sabios.
Pero él está muy muerto,
con su café envenenado.

Son los de ahora:
Creen que jugaré a la soga,
tiran para su lado.

Me quedaría por los otros:
Los que me hacen escalón con las manos.
No cedas a la nostalgia.
Me corto el brazo con una sierra,
y puedo volar.

No son más heladas tus noches

Amo las cosas que están conmigo,
cuando nadie las ve.
No es que ame la soledad.

Yo muerdo si se acerca
alguno con olor a miedo
y la sonrisa de una hiena.

Pude sentir que alguien
al fondo de la barra,
no la pasaba bien.

Canción para decir adiós
desde ese amor ajeno
que opiné era poco.

Aquella amiga de una noche
tiene el pie bajo la cama.
Olvida mi cara y mi consejo.

Sin fuego detrás

No pude aceptar aquella jaula,
fui tigre repasando paredes.
Lo que pensaba ya existía en canciones.
Entonces no me alcanzaba la voz
ni la música.

O es que aquella voz no era mía.
Porque gritaba en medio del mundo
y nadie escuchaba.

Del otro lado de mi celda,
una persona envió señales:
Estamos vivos todavía.

Por eso mi adiós fue
otra versión de sus himnos violentos.
Me hubiera gustado amar el tabaco,
para que vieran mi aire.
Pero la libertad no nos dispara en el pie.
Sigamos caminando.

Cigarra que crece en su nombre

Dentro de la tierra
hay coyotes que sueñan despiertos
y desde que existimos no hablan.

Entre susurros respiran de mis manos.
Son la caracola que hace hablar el mar:
Quédate –pero no hablan de un lugar–.

Olvido que la herida puede ser ficción
y que no elegí el suelo desde el principio.

Nunca adoré el sol violento de mi tierra,
sí adoré al otro,
al sol que abrigó mil gigantes.
Arriba de sus hombros puedo ver mejor,
y más lejos.

Voces que se parecen al suelo

Cuando escuché la canción en mi lengua
era canción de otra tierra, otro tiempo.

Y así sonamos,
secos y duros como el desierto.
Otros suenan ecos,
ecos de cuevas o árboles ligeros.

Los que viven cerca del río, descansan
—tienen un suspiro que sueña al final de cada palabra—.

Del mar surgen voces que son olas y viento.
Como si la lengua recogiera agua fría.

Voces que se parecen al suelo,
y pienso:
Nuestras voces son mapas.
Hablan así los que caminaron lento y se detuvieron.

Aquellos que nos hicieron una casa de palabras.

Fue un viaje largo de vuelta

Ignoramos al perro Argos al arribar,
el barco quedó exhausto antes que nosotros.

Fuimos nuestra propia mujer que espera,
asistimos al forastero,
lavamos sus pies.

Nuestro hijo ha crecido.
No se parece a nadie desde aquel caballo.

Buscó nuestra cara entre los pretendientes.
Y la ocultamos bajo una buena puntería.

~QUE PIENSA LA MUERTE~

El otro que muere

Hijos sin padres, de nuevo.
Una visita que no puede verse.

Somos solo eso,
lo que se repite.

Cubrimos con puños nuestra cara.

Rumbo al trabajo,
somos niños con lágrimas arenosas.
Un rechazo que no acaba.

Solo oficinas, automóviles
y algún jardín como tregua.

Ni una cabeza de cerdo,
o un puente colgante.

Y cuando otros mueren,
resultan todos sabios y buenos.
Luego, empuñamos de nuevo,
en esta isla arrepentida.

Fue bien

Tuve un recuerdo:
una fiesta que no existió,
un bar cercano al cine,
luz roja,
olor a cerezas.

Podría haber sido más feliz,
de lo que en realidad pasó.

Junté las manos,
jugando a retener agua
y mis palmas secas apenas recuerdan.

Cuerpos en los que viaja Miguel

A Karin

Me gustaría escribir una dedicatoria profunda entre las flores. Veinte palabras que lleguen cálidas. Un papel digno de guardar y ver cada cinco años en la limpieza ansiosa de cajones. Quiero decirle que somos de la misma tribu. No sucede. En cambio, por las calles, entre el tumulto, lo veo caminar. Como si su muerte hubiera sido una aventura por dibujar. Son rostros equivocados. Los delata un ojo, un lunar, un caminar arrugado. De repente se vuelven grotescos. Son cuerpos en los que viaja Miguel, por solo segundos. Descubro, para mi alivio, que encontró otra manera de estar entre nosotros.

No será suficiente (17 de octubre)

Desde el útero inacabado
explotan todos los muertos que duelen.

Los he traído de vuelta.
Faltaban.

Vienen del cansancio oscuro.

Al encuentro acuden los enfermos,
pero a ellos ya les he regalado mis dientes.

Aquí me nacen los muertos como si fueran patria.

O tal vez, son los vientres de otras.

No serán suficientes las alegrías.
En el fondo sabemos que estaban bien allá.

Como hijos,
contarán el secreto incómodo:
Tememos al alivio de lo perdido.

Se asoma la muerte del maestro

Los huérfanos de un sabio no llevamos nombre.
Cierta día el maestro se retira por dolencia,
no responde nuestras preguntas.

A los reyes les pesa lo que él se lleva bajo el brazo.
A nosotros, algo más que los manuscritos:
los satélites que nos amenizan la noche.

Él no se parece al padre, ni al hermano,
si acaso, a un extraño amigo.

Es figura que creamos desde la nada:
Idea de la mantis que apenas vive.
Aquí son más perros que bufones.
No sobrevivimos los juglares.

Este es un humedal violento
y ahora,
se asoma la muerte del maestro.

La muerte te deja cuidarnos

A Verónica y David

Padre que no conocimos:
Viajabas y enviabas historias.
Nos formaron de ti con postales.

Marinero que llegó al sol.

No conoceremos tus defectos
o se volverán sagrados.

Es difícil encontrar otro padre,
cuando se tiene uno eterno.

Ve, baila con nuestra madre.

El cielo abre la boca,
parece que no nos canta.
Y tú solo dices que está mudo.

Quien me haya visto

Yo pertenezco al mundo.
El mundo que terminó hace dos días.
Miente el que cree haberme visto,
no pueden pensarme, ni decirme.

Pertenezco a ese mundo.
El que una explosión
nuestra o de otro planeta,
amenazó y lo fue cierto.

Yo pertenezco al mundo.
El que murió, no de viejo
fue hombre en guerra:
Con etiquetas,
herido y sin gloria.

Pertenezco al mundo.
El que no se detuvo ya muerto,
el que gritó:
No soy ya de ustedes.
Aunque su cara podrida nos pidió quedarnos.

El fin de las personas en el mundo

El fin del mundo siempre se confunde.

En esta época lo comparan con una gran resaca.
Los que no bebimos, tampoco tendremos despertar.

No hay casas
ni mares
ni tierra fértil.

La derrota es que dejamos de luchar.
Creo, quizá
quedan días buenos en esta bolsa rota.

Diminutos plásticos nadarán en mi cuerpo.
Y esos serán mis peces arrepentidos.

Qué cosa es andar por la calle

Como cada mujer de este lugar,
camino con ojos en el cuello
–los míos y los de otros–.

Creo que,
si miro en trescientos sesenta,
no vendrá nadie tras de mí.
No sirve.

Así de mal estoy,
vagando.
Arriesgo mucho por cinco mil pasos.
La máquina los cuenta y me felicita.

El día que mis piernas no valgan más,
y abandone como caballo de carreras,
dirán que morí por caminar sola.

Catálogo de interiores

Dormitorio con rojos imposibles
mesita para un solo libro
plantas que mueren con ese sol
cuadros con una silueta.

En tu propia cama,
almohadas sin uso real.
Pero, dicen
añaden volumen y color.

La ropa en orden,
y muertos en un vaso, piñones.

En esa habitación perfecta,
no viviría realmente nadie.
Alguien, allá afuera,
igual la sueña.

Del saberse adulto

Deja de ser gracia
desde que esto lastima.
Y sabemos que ya no somos niños.

Cada caída nos acerca a la gravedad,
al aire bajo los zapatos,
a la posibilidad de no levantarse.

Bajamos el rostro
para cuidarnos del suelo.
Y así parece que el tiempo nos puso tristes.

Mi abuela se hizo virgen con los años

Su muerte me tomó viendo hacia otro lado,
aunque ya esperaba el golpe.
Su partida me trajo horrores.

Al final, tuvo todas las edades.
Rechazaba hombres con cartas de papel,
como al conserje, o al cocinero.

Yo la perdoné siempre.

La infancia la llevaba en la cara:
En el monte, descalza.

Yo viajaría en el tiempo,
limpiaría su rostro.

Sabía leer y escribir,
pero alguien la sacó del pupitre.
Y sus letras resistían aún bellas.

A mí me duelen las plantas de sus pies,
y lo único que tengo es su palabra,
la escuela que quiso.

En este árbol que solo fuiste madre,
aunque no tengas ya cuerpo,
conmigo puedes ser otra persona.

Caducidad de las estatuas

Ha caído la cabeza del antiguo héroe.
Ya no lo es,
ni lo era.

En la plaza están confundidos.
Como si observaran a un muerto de bronce.
Nunca estuvo de pie por su cuenta.

Su brazo tampoco apuntaba al sitio correcto.

Sé que no ha muerto el fresno,
pues no hay flautas cerca.
Jamás he visto caer ninguna estatua de madera.

Cae.
Ahora es otro,
y no volverá a navegar.

~QUE ABRAZA LA SOMBRA~

Álamo

Creciste y no llovía.
Te has rendido cada invierno.
Que crees morir, se sabe.
Y aun así, entonas tu espalda.

Cuando hay buen viento,
otros árboles mugen:
Raíces, brotes, ciclos.
Y tú, solo ves la tierra seca.

Viste una fruta nacer y no era tuya.
Hizo el sonido del cuervo al pudrirse.
Hay flores que te han hecho compañía,
y desde entonces no duele tanto.

Entre tus ramas tejen,
aves de bailes crujientes.
O juegan coyotes a tus pies,
como mascotas de cualquier casa.

Futuro pequeño

Soy una máquina que vuela alto,
satélite que vigila historias,
y se vuelven reales.

Ya no despierto y digo:
odio mi vida.
No echo en falta
tus rituales desgastados.

Todo lo precario es
cuando nos falta una sobremesa.

Comíamos de prisa,
en lugares que solo son pasillos.

Ahora estoy frente al fuego.

Piedra en la nuca

Desde hace años me persigue el temor a que una piedra grande, como la habitación, se impacte con mi cuello y mi espalda. No hay fundamento. Solo esa imagen insistente de mi cuerpo frágil ante aquella fuerza. En ocasiones, creo que esa vaga pesadilla me da tregua, pero solo cambia su forma a una bala perdida. O es alguien con un mazo que ataca violento mi cabeza. Antes giraba el rostro, no hay nada detrás, no sirve. Extraño los días en que una sombra se asomaba desde mi armario. Con la luz encima, se volvía solo un traje mal guardado.

Tardé en entender

Tardé en entender
lo que una persona quería
cuando estaba cerca,
o de frente quizá,
en una conversación.

Por estas razones,
cubro mi cuello,
del caldero flotan cenizas
que si alcanzan, arden,
mis pies se agrietan.

Tardé en entender
que algunos van,
se defienden,
en el peor de los casos
hay una idea de nosotros
mucho antes del encuentro.

Mujer que no puede verse el rostro

Varios dientes muy blancos
figura que no se oculta.
Pocos complejos del cuerpo anterior.
Es laboriosa y se queja poco.

Bien arregla su botón.
Atrae, no demasiado.
Le hace falta un hombre,
dicen.

No hay mujer igual en dos lugares.
Ella no lo sabe.
No le iluminan la cara.

No se anda por esta ciudad que cruje

Dioses que no se escuchan,
de calzadas elásticas, ferales.
Muros son los paisajes más queridos.
Y cada plaza quiere parecerse a otra.

Miro al frente, arrojada por calles rotas.
No es lugar para tener piernas.
Y ese polvo que retoca en sepia.

En algún sendero he evitado sonreír,
porque es invitación a los escombros.
Cubriendo la nariz, por un perro muerto,
hemos rodado con el corazón guardado.

Por la noche, las farolas juegan al escondite.
Parecen luciérnagas que van muriendo.
En cruce de semáforo roto
he visto posturas de batalla.
Son ensayos de algo peor que viene.

Par de golpes al aire

Lanzo ese gruñir imaginado
de lo que a mi pesar dormía.
Es golpe hacia afuera,
no hay víctimas, ni gracia.

Par de armas en suspenso
no logran hacer un puño,
o zarpa a presumir felina.
Es lejana la pared que quiero dañar.

No sirve, no funciona.
Y es contrario al consuelo.
Caen gotas de lluvia,
de estos, mis dedos alargados.

Persona pública que dice observar el té

Para no cerrar los ojos en las fotos,
la sonrisa tensa.
Agradece la nube gris,
porque tiene un techo.

Dice:
Un libro, un café.
Consejos escritos sobre un mar extranjero.

Dice que disfruta de las pequeñas cosas.
Pero ninguna cosa tiene tamaño en su cartera.
Olvidas que para ti hay girasoles en los museos.

Bailas como si la cámara fuera una pareja,
y disimulas el rostro avergonzado,
de tanto decirnos
que la voluntad no se acaba.

El carnaval es un lugar

Disfrazados, caminando contra las paredes.
Fuego, primavera, luces.
Olvidamos la tristeza de cada uno.
Es el carnaval más lugar que fecha.

Entre telas, hay otras carnes.
Igual sucede con las máscaras.
Animal que se parece a nosotros,
menos al animal mismo.

Camino por la calle iluminada,
no tengo la noche para mí.

Mi cuerpo toma la forma del enredo,
aunque duele,
como cualquier día.

Algo no se ha dicho sobre esta fiesta.
Su bullicio y alegría esconden algo.
O peor será que no guarde nada.

Sería fácil decir que todos se equivocan.
Solo es otro acuerdo más que me devora:
celebrar en orden, repetidos.

Mi corazón hoy no tiene brújula,
y me arrastra hacia la Luna
que no duerme.

Y tú crees que así se mueve el universo.

Entonces salimos de pie

En cualquier noche fría
éramos otros –los de antes–
tuvimos miedo,
y sed
y hambre.
Siglos de ojos escondidos
de otros dientes y nudillos.

Lengua en común que nos pisotea,
en el fondo una cueva amiga.
El circo fue mejor que no salir.

Entonces vino la magia,
nos puso aquel aroma en la frente.

Desde entonces, persigo ese lazo.
Y adivino que nunca llega.

Así, hemos caminado.
Esto es un voltear a atrás.

Escucha la tarde

Se consume tu cielo de postal,
acetato devorado por fuego.

Mi llanto no está conmigo, solo pesa.
Es el ladrido al fondo de la calle.

En un cajón frío,
estamos todos esperando algo.
Autómatas cuando empieza el día,
y es fraude también lo nocturno.
Cae sobre mí un muerto de voz involuntaria.

Nuestro cansancio es el mismo.

Manos que crean,
—nodrizas de la fábrica que no cesa—.
Pero arriba ellos beben de leches maceradas.
Mientras las cosas que creamos huyen como peces.

Hay consuelo en aquello que no se repite.
En la sorpresa que, por nueva
nos condenó.

Mentira que gusta

He visto tus atardeceres,
son bellos,
pero no me han curado el alma.

Tampoco hay algo más que añadir.

Tu fotografía vuela sobre edificios quietos,
no se parece a los que miramos
desde una ventana que no puede limpiarse.

Aquí solo soy una rata que toma de la fuente.
Y bebo con el mismo derecho que las aves.
Mi hambre no enmudece con esa sed.

Soy lo que no danza en tus postales.

La mujer del calendario

Perdí el pie en un accidente.
No hay mujer aquí desde entonces.
Pero hay canciones que tiran de mí
y no existe silla que detenga este baile.

Extraño esos días sin piedra que azotar.

Escuchaba una voz que no era conocida,
y de cualquier modo le recibía en casa.
Ofrecí un trago, o a la vedette de la pared.

Ella se parece a nadie desde que te fuiste.
Es todos los sueños que tuve antes.
Quise un cuerpo liso,
sin ver que el mío se arrugaba.

No deja de sonreírme.

La verdad es que perdí el pie
cuando no supe a dónde ir.
Y me quedé aullándole a los techos.
Cuando llueve,
las láminas me responden,
a su modo.

A la noche,
recuesto la mano en mi pecho.
La mujer del calendario me arrulla.

El mes que viene será otra.
Y la echaré de menos todo enero.

Tren que no se detiene

Lo sigo.
No hay sentido,
ni lugar fijo.

Estación de pedazos secos.
De correr se han ido mis fuerzas.
Me doblo como el perro que pasa hambre,
y de temblar no me sostengo.

Nadie, ni el desierto me dice
a dónde va mi vagón.

Tren que se mueve y,
entonces,
es el intestino de un animal.

Cuando alcanzo a tocarlo
no hay luz dentro.

~QUE CAPTA LA LUZ~

Lección primera

Yo desconocía una jirafa real.
Y así es que tuve por encargo aquel artefacto de madera.
Su boca de pinza cerraba sin voluntad.

Donde añadía manchas,
cuidaba que no fueran lunares.
Agregué vida con los ojos de un loco alegre.

Ya sabía que eso no se parecía a ningún animal,
pero anidaba la promesa de ser bello.
Nunca tendría voz
—como las jirafas de verdad—.

Mientras ella se secaba al sol,
la mirada de mi padre, casi siempre en vigilia,
se endulzó al verla.

La jirafa nació en mis manos.

Leo

Mi vecino Leo tiene cinco años. Se desplaza entre nuevos amigos. Cuando admira a un animal se encoge. Un charco es manantial para sus muñecos. ¿Cuántos años tiene el perro? Digo algo y su espalda termina la conversación. Antes de las ocho, ya van sus cortas piernas dentro del uniforme. Una voz sin vida enlista nombres. Hay fruta añeja entre libros. La camisita abulta el centro de su cuerpo. Alrededor de las cosas importantes, como luz, los juegos se filtran entre sus dientes. Por pocas horas, Leonardo es un hombre mayor.

Volar en tierra firme (5 de octubre)

Entre dos calles me descubrieron sus manos.
Por su quietud, supe que no esperaban.
Parecen años y eran milímetros atrás
cuando nos interrumpieron los árboles.

Me ha visto bailar entre las aves
y nunca se sorprendió de la punta de mis pies.
Cuando el frío giró opuesto, me dijo:
Puedes quedarte o caminar muy cerca.

Abrió las ventanas para que yo pudiera volar.
Lo hice con fuerza, hacia el invierno feroz.
Entró tanta luz que pude regresar.

Las bestias sin amos, sin dueños,
siempre volvemos a donde tuvimos paz.

No tuve retrato suyo en mi cuello.
Al final no se detuvo,
una señal nos atravesó.

Dijo: el viento sigue la tierra.

Persona guardada en octubre

Entiendo que ya se ha escrito antes:

Amo sus manos, las amo.

Escribían, y no era suficiente.

No hablaban del tacto suave
tampoco del oficio del otro.

Quienes dibujan temen a las manos
porque esconden lo difícil en lo bello.

Dos siglos,
y mil máquinas no pueden dibujarlas.
Solo los ojos vivos ven a la persona
guardada en esos dedos.

Las suyas, a lo lejos
pueden crear,
pueden arreglar navíos.

De mí se fueron temblores porque
sus manos endulzaron las mías.

Uso del color en el cine

Fue en su compañía que intervine los recuerdos de la infancia. Aquellos ojos me llevaron a una masía. Las hojas de un cuaderno sobre mi cara. Donde nació no hay otoños amarillos como el que puedo soñar ahora. Le pregunté si lo que pasaba era real. Recostada, me había adueñado del aroma de los pétalos secos al pisar.

Siempre quise menos concreto gris para mi andar. Y aunque ya es tarde, pues se me endurecieron las plantas de los pies, al menos se han mezclado estos cielos naranjas y violetas de mi tierra, y de pronto me sorprende recordando que tuve el mar cerca. Que escuché sus olas antes de dormir. Y es tan verdad, que puedo asegurar que cuando era chica, limpié sal de mi bicicleta rosa.

Son grises tus ojos, apunté. Mirando al techo, me preguntó: ¿Cómo lo sabes? Dicen que son azules o verdes. Segura, no dejé silencio: porque al lado de este color rojo ya son otros.

Seríamos aves

Cambiar brazos por alas,
cabello por plumaje.
Mi lamento dulce lo escucharían todos,
canto compartido.

Infinito sería mi aterrizaje,
más insectos morirían.

No distinguiría más colores,
sí distancias.

Ese círculo tibio me abraza.
Nuestros nidos olor a hierba,
a la cabeza húmeda del recién nacido.
Que hace camino en su propio parto.

La gracia del niño bailando

No hay temor a la burla,
celebra el baile, la risa.

Es quizá la prueba de que existe un dios
que no controla el mundo,
como fue prometido.

No traza planes ni misterios,
se cuele entre imágenes de este siglo.

Se presenta con su gran manto
y resulta ser el telón
para que podamos reír un poco.

El mar escucha, aunque más habla

Algunas olas te hablan a ti.
Y sin embargo todas tienen una voz.
Tienen voz.

En otras ocasiones has escuchado al mar llorar,
y una piedra arrojada:
Tiene saltos, alcanza el horizonte.

Hay un atardecer moribundo que,
sin embargo, es lejano ya.
Con su último aliento lo acaricia.
Y aquel se hunde.

Una ola que te ha dejado sombra en los pies.
Los ha convertido en pies que regresan,
más cerca del verdor de cualquier mar.

Estamos siempre volviendo al agua.

Agujero en el centro de la habitación

Al despertar siempre olvido que estoy viva.
A esas horas no lo estoy realmente,
aunque el mundo ya pesa.

El techo oprime mi cuerpo,
la alarma lo suspende.

En el correr del día soy más agradecida.
A las once no hay algo que impida a mis manos.

El sol,
—como dios antiguo—
me pone una corona de luz.

Pero por la noche recuerdo mi muerte.
Y los brazos de mil madres vuelven a abandonarme.
Entonces estoy sola,
solo profunda y sola.

Cada mediodía puedo ser y hacerlo todo.
Por horas soy una santa que han puesto de cabeza.

Aullar de cierto modo

Los primeros poemas fueron apenas unos sonidos sacados del vientre. Quisieron acortar la distancia entre dos cosas y sobrevivir. Entonces, existe la oscuridad desde que los niños aprendieron a llorar para no perderse. Por eso todo llanto está destinado a ser escuchado, estamos siempre perdiéndonos. Ha pasado el tiempo. Ahora, creo que al cerrar los ojos y entrar en nuestra propia cueva sin fuego, nos convertimos en las primeras palabras, y también en esos primeros niños.

Deseo escrito

Estábamos dentro de este deseo mío.
Tú no lo sabes
pero te he visto.

Pienso en un futuro juntos
que desborda precisión.
No es un sueño colectivo
porque necesita de poco:
Un ritual de vez en cuando.

Si es un café o son dos,
de memoria sé cómo lo tomas.

En defensa de la ternura

Creía estar sola,
y una turba de flores me cantaba.
No sabía para quién era la sequía.
El agua se escapaba por las grietas.

Yo nací dulce,
se me asignó ternura en la frente.

El mundo intentó arrebátarmela,
pero pasa el tiempo,
y es lo único que tengo.

Ahora,
escucha,
me he volcado encima.
Ella es mi huerto y la cuido de tempestades.

Mi cuerpo ahora es abrigo y bandera.
Soy un país sin mitos.
El fruto de mi tierra será tibio y compartido.

Y no sentiré ningún temor.

Amiga de las arañas

En casa, la araña es amiga.
Solo pide a cambio un rincón,
esquina húmeda,
orillas ciegas.

Alguien, con el mismo miedo que ella
estuvo antes.
Por eso le faltan dos patas.

Ella no puede decirme nada.
Pero cuando se frota
creo que dice gracias.

No necesita hablarme para estar.
Igual que mis amigas humanas.

Akelarre de gatos rosas

Nunca vi diez gatos bailar.
De pie, sus patas eran manos,
bailaban sobre música invisible.
Eran círculo que adornaba el fuego.

No tomé ninguna fotografía:
Momento que fue solo mío.
No moví un cabello:
Eran flor que no debe arrancarse.

Los mismos gatos
otro día hacen de enemigos
o van sucios, robando.

Disimulan,
lloran como nosotros al nacer.

Su secreto es conmigo.
De que lo gris, el polvo,
sostiene algunas maravillas.
Y a veces pueden verse.

Meryl

Meryl escribe y entonces soñamos.
No a la Luna, ni al cielo.
En cada pantalla
soñamos que cada letra llegue a su cuello.

Como si nadie le hubiera hecho daño,
la sonrisa del mundo se volcará sobre su espalda.
Su despertar será suave.

Leer en voz alta es igual a vender en la calle
—nos dice—.

Quiero traducir,
pero no hay guitarra que dibuje lo que nos mueve.

Y sueño con sus letras como quien ya despierta.

Cantaré mañana

Partícula que hechizó el fuego,
brotó bajo mi brazo
ahogada.
Todas las veces que no pude salvarla,
dormía y fue la calma.

Cualquier fiesta te parece poco.
Te abriste como ciudad nueva,
devoraste a tus habitantes,
eras la dicha entre guerras.

Ahora,
madres sin pan,
colocan la almendra en mi boca
que baila bajo esta lengua.
Resulta ser semilla.

Y esta semilla cantará mañana.

Este vientre es un conejo de carbón

En mis entrañas un país sueña tranquilo
y también lo habitan dragones.
Mi mano recorre sus cabezas.

Soy chimenea que humea sueños.

Tres cuervos quieren picar,
mi calma los ahuyenta.
Respiro, me guardo.
Soy la luna ciega que todo lo vigila.

Del centro de mi cuerpo brota
lo que estaba dormido sobre mi lengua.
Aquello nació antes que mi rostro.

Y yo, yo soy una máquina de vapor.

Índice

~Que canta el adiós~

Refugio bocarriba	13
De mi cuello saltan	14
Un dios con las manos muy grandes nos puso de frente	15
Es ningún lugar (20 de septiembre)	19
Espera (21 de septiembre)	20
El primer día de escuela prometí no llorar	21
Palabra sin traducción	22
No son más heladas tus noches	23
Sin fuego detrás	24
Cigarra que crece en su nombre	25
Voces que se parecen al suelo	26
Fue un viaje largo de vuelta	27

~Que piensa la muerte~

El otro que muere	31
Fue bien	32
Cuerpos en los que viaja Miguel	33
No será suficiente (17 de octubre)	34
Se asoma la muerte del maestro	35
La muerte te deja cuidarnos	36
Quien me haya visto	37
El fin de las personas en el mundo	38

Qué cosa es andar por la calle	39
Catálogo de interiores	40
Del saberse adulto	41
Mi abuela se hizo virgen con los años	42
Caducidad de las estatuas	43

~Que abraza la sombra~

Álamo	47
Futuro pequeño	48
Piedra en la nuca	49
Tardé en entender	50
Mujer que no puede verse el rostro	51
No se anda por esta ciudad que cruje	52
Par de golpes al aire	53
Persona pública que dice observar el té	54
El carnaval es un lugar	55
Entonces salimos de pie	57
Escucha la tarde	58
Mentira que gusta	59
La mujer del calendario	60
Tren que no se detiene	62

~Que capta la luz~

Lección primera	65
Leo	66
Volar en tierra firme (5 de octubre)	67
Persona guardada en octubre	68
Uso del color en el cine	69
Seríamos aves	70
La gracia del niño bailando	71
El mar escucha, aunque más habla	72
Agujero en el centro de la habitación	73

Aullar de cierto modo	74
Deseo escrito	75
En defensa de la ternura	76
Amiga de las arañas	77
Akelarre de gatos rosas	78
Meryl	79
Cantaré mañana	80
Este vientre es un conejo de carbón	81

El título del libro, que a la vez da nombre a uno de sus poemas, narra cómo surgieron estas letras: del vientre. Esta parte del cuerpo que hace alusión al alimento, a la gestación y a las emociones. Los poemas no tienen un solo hilo conductor, hablan de cambios, de dolores aliviados, de naturaleza y máquinas, también hablan de la muerte y de ser extranjera en todos los sitios menos con quienes se tiene una conexión. Está ahí también la posibilidad de observar la propia vida en un mundo complejo. Así, estos poemas son testimonio del viaje interior de su autora.

ISBN: 978-607-8661-34-3



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California